

Jane Austen

Emma

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Emma*

Primera edición: 1997

Segunda edición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Mañita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: José Luis López Muñoz, 1997

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1997, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-280-6

Depósito legal: M. 5.551-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo primero
22	Capítulo 2
30	Capítulo 3
38	Capítulo 4
52	Capítulo 5
60	Capítulo 6
71	Capítulo 7
80	Capítulo 8
96	Capítulo 9
116	Capítulo 10
126	Capítulo 11
135	Capítulo 12
147	Capítulo 13
159	Capítulo 14
168	Capítulo 15
182	Capítulo 16
190	Capítulo 17
196	Capítulo 18
206	Capítulo 19
217	Capítulo 20
227	Capítulo 21
242	Capítulo 22
249	Capítulo 23
262	Capítulo 24

274	Capítulo 25
283	Capítulo 26
308	Capítulo 27
320	Capítulo 28
329	Capítulo 29
342	Capítulo 30
351	Capítulo 31
359	Capítulo 32
374	Capítulo 33
387	Capítulo 34
400	Capítulo 35
409	Capítulo 36
420	Capítulo 37
425	Capítulo 38
442	Capítulo 39
449	Capítulo 40
457	Capítulo 41
469	Capítulo 42
489	Capítulo 43
502	Capítulo 44
513	Capítulo 45
523	Capítulo 46
536	Capítulo 47
552	Capítulo 48
564	Capítulo 49
577	Capítulo 50
590	Capítulo 51
600	Capítulo 52
613	Capítulo 53
625	Capítulo 54
639	Capítulo 55

Capítulo primero

Emma Woodhouse, guapa, inteligente y rica, que poseía una excelente casa y era alegre por temperamento, parecía contar con algunas de las mejores prendas que facilitan la existencia; y, en sus casi veintiún años, muy pocas cosas le habían causado molestias o humillaciones.

Era la menor de las dos hijas de un padre muy cariñoso e indulgente, y se había convertido en señora de su casa desde muy temprana edad por el matrimonio de su hermana. El lugar de su madre –muerta muchos años antes y de cuyas caricias Emma sólo conservaba un vago recuerdo– lo había ocupado una excelente mujer que hacía las veces de institutriz y cuyo afecto era casi comparable al de una madre.

La señorita Taylor, que llevaba dieciséis años con la familia del señor Woodhouse, más como amiga que como institutriz, sentía un gran cariño por las dos hijas y, sobre todo, por Emma, con quien mantenía en realidad una re-

lación de hermana. Incluso antes de que la señorita Taylor hubiese dejado de desempeñar el cargo nominal de institutriz, la dulzura de su carácter había desvirtuado toda posible restricción; por lo que, al desaparecer hasta la sombra de una relación de autoridad, las dos habían vivido como amigas, sintiéndose muy unidas y haciendo Emma exactamente lo que se le antojaba; valoraba los puntos de vista de la señorita Taylor, pero se guiaba básicamente por los suyos propios.

De hecho, los peligros de la situación de Emma surgían de la posibilidad de hacer casi siempre lo que se le antojaba y de su tendencia a tener demasiada buena opinión de sí misma; éstos eran los inconvenientes que amenazaban sus muchos placeres. Pero el peligro, sin embargo, pasaba de momento tan inadvertido, que no alcanzaba en absoluto la categoría de desgracia.

El pesar llegó –un suave pesar–, pero no en forma de conciencia intranquila. La señorita Taylor se casó. Su pérdida fue la primera fuente de aflicción. El día de la boda de su querida amiga, Emma comprendió que se había terminado algo muy importante. Cuando acabó la fiesta y se marcharon los invitados, su padre y ella almorzaron solos, sin que una tercera persona viniera a alegrar la larga sobremesa. El señor Woodhouse se quedó dormido después del almuerzo, como de costumbre, y Emma no pudo hacer otra cosa que pensar en lo que había perdido.

Para su amiga, sin embargo, la boda parecía encerrar todas las promesas imaginables de felicidad. El señor Weston era una persona de buen carácter, posición desahogada, edad conveniente y modales agradables, y Emma sentía cierta satisfacción al considerar con qué

puros y generosos sentimientos de amistad había deseado y apoyado siempre aquella boda; la mañana, de todas formas, había sido para ella una ocasión sombría. Sentiría la falta de la señorita Taylor todos los días y en todo momento. Recordaba su cariño —el cariño, el afecto de dieciséis años—, recordaba cómo su amiga la había educado y había jugado con ella desde los cinco, cómo se había propuesto ganarse su afecto y entretenerla cuando gozaba de buena salud y cómo la había cuidado con motivo de las diferentes enfermedades de la infancia. Era muy grande su deuda de gratitud; pero un recuerdo aún más querido, más entrañable, eran sus relaciones de los siete últimos años, la total camaradería desde que, al casarse Isabella, se quedaran las dos solas. La señorita Taylor había sido una amiga y una compañera como muy pocas personas poseen: inteligente, culta, delicada, conocedora de las costumbres familiares, interesada por todos sus problemas y de manera especial interesada por Emma, sus diversiones, sus planes; alguien a quien la señorita Woodhouse podía comunicar cualquier pensamiento en cuanto se le ocurría y que sentía por ella un afecto tal que no le encontraba ningún defecto.

¿Cómo podría soportar aquella nueva situación? Era cierto que su amiga viviría a menos de un kilómetro, pero a Emma no se le escapaban las diferencias entre una señora Weston a un kilómetro y una señorita Taylor en casa; ni que, quizá debido a sus excelentes dotes naturales y privilegiada posición social, corría un gran peligro de soledad intelectual. Emma quería entrañablemente a su padre, pero el señor Woodhouse, incapaz de

mantener con ella una conversación seria o de simple ingenio, no era un compañero adecuado.

A la dificultad que entrañaba la diferencia de edad (el señor Woodhouse, además, no se había casado joven) se añadían los problemas derivados del estado de salud y de las costumbres. El padre de Emma había sido siempre una persona enfermiza y nunca se había consagrado a actividades mentales o corporales de ningún tipo; en realidad era un hombre mucho más anciano en hábitos que en años; y, si bien todo el mundo le quería por su buen corazón y su afectuosa manera de ser, sus dotes intelectuales eran muy limitadas.

El matrimonio no había alejado mucho a su hermana (Londres quedaba sólo a poco más de veinte kilómetros), pero sí lo bastante para no poder comunicarse con ella diariamente. Aún tendrían que transcurrir muchas largas veladas de octubre y de noviembre antes de que, por Navidades, otra visita a Hartfield de Isabella, su esposo y sus hijos llenara la casa y proporcionara de nuevo a Emma una agradable compañía.

En Highbury, el amplio y populoso pueblo, casi una ciudad, al que Hartfield, pese a tener nombre, jardín y parque propios, pertenecía en realidad, no había personas de la categoría social de la señorita Woodhouse, ya que su familia ocupaba allí una posición única. Todo el mundo se guiaba por los Woodhouse. Emma conocía a muchas personas, porque su padre era un hombre extremadamente cordial, pero no había nadie capaz de sustituir a la señorita Taylor ni siquiera por espacio de unas horas. Era un cambio que invitaba a la melancolía, y Emma suspiró y deseó cosas imposibles hasta que des-

pertó su padre, provocando la necesidad de mostrarse alegre. El señor Woodhouse requería apoyo por tratarse de un hombre nervioso que se deprimía fácilmente; el cariño que sentía por todo el mundo le llevaba a no querer separarse de nadie, por lo que era contrario al cambio en cualquiera de sus manifestaciones. Los matrimonios, origen de cambios, le resultaban, por consiguiente, desagradables; cuando aún no había acabado de aceptar el casamiento de su hija mayor y seguía hablando de Isabella compasivamente, aunque el suyo había sido un enlace promovido exclusivamente por el mutuo afecto de los contrayentes, se veía obligado a separarse de la señorita Taylor y, debido a su egoísmo sin malicia y a no ser capaz de imaginar sentimientos diferentes de los suyos, se inclinaba a pensar que la señorita Taylor había tomado una decisión tan triste para ella como para el señor Woodhouse y su hija, y estaba convencido de que hubiera sido mucho más feliz pasando en Hartfield el resto de su vida. Emma le sonreía y charlaba con él todo lo alegremente que podía, procurando mantenerle apartado de tan tristes pensamientos; pero cuando llegó la hora del té, el señor Woodhouse volvió a decir exactamente lo mismo que dijera a la hora del almuerzo.

—¡Pobre señorita Taylor! ¡Ojalá estuviera aquí otra vez! ¡Qué pena que el señor Weston llegara a fijarse en ella!

—No estoy de acuerdo contigo, papá; ya sabes que no te puedo dar la razón. El señor Weston es un hombre excelente y una persona agradable, con muy buen humor, que merece una buena esposa. ¿Cómo puedes desear que la señorita Taylor siga con nosotros y tenga que

soportar mis malos humores, pudiendo disfrutar de casa propia?

—¡Casa propia! ¿Cuáles son las ventajas de tener casa propia? La nuestra es tres veces más grande y, por lo que a ti respecta, nunca estás de mal humor, querida mía.

—Pero, ¡si iremos a verlos con mucha frecuencia y ellos también vendrán a vernos! ¡Estaremos siempre juntos! Hemos de empezar nosotros, ir enseguida a hacerles la primera visita.

—Querida mía, ¿cómo voy a ir tan lejos? Randalls está a mucha distancia. No soy capaz de andar ni la mitad del camino.

—No, papá; nadie ha pensado en que vayamos andando. Iremos en coche, por supuesto.

—¡En coche! James no querrá enganchar los caballos para un trayecto tan corto. Y ¿dónde va a dejar a los pobres animales mientras nosotros hacemos la visita?

—Les harán sitio en el establo del señor Weston, papá. Sabes que todo eso ya lo tenemos arreglado. Lo hablamos con el señor Weston ayer por la noche. Y en cuanto a James, ten la seguridad de que siempre le gustará ir a Randalls: su hija está allí de doncella. Me pregunto más bien si alguna vez estará dispuesto a llevarnos a otro sitio. Eso ha sido obra tuya, papá. Tú le conseguiste a Hannah esa buena colocación. Nadie había pensado en ella hasta que tú la mencionaste. ¡James te está muy agradecido!

—Me alegra mucho haber pensado en Hannah. Fue una suerte: no consentiría que, por ningún motivo, James se sintiera preterido; y estoy seguro de que su hija será una doncella excelente; es una chica muy educada y

se expresa con mucha corrección. Tengo muy buena opinión de ella. Siempre que la veo me hace una reverencia y me pregunta por mi salud con muy buenos modales; y cuando te ha hecho algún trabajo de costura en casa, me he dado cuenta de que siempre gira el tirador de la puerta como es debido y no da portazos. Estoy seguro de que será una criada excelente; para la señorita Taylor resultará además un consuelo tener cerca a alguien a quien ya estaba acostumbrada. Siempre que James vaya a ver a su hija, tendrá noticias nuestras. Podrá decirle qué tal estamos.

Emma no ahorró esfuerzos para mantener aquel agradable flujo de ideas, confiando en que, con ayuda de los naipes, su padre pasara una velada entretenida y ella misma no tuviera que combatir más pesares que los suyos propios. Pero cuando ya estaba preparada la mesa de las cartas, la llegada de una visita la hizo innecesaria.

El señor Knightley, un hombre muy equilibrado de unos treinta y siete o treinta y ocho años, no era tan sólo un amigo muy antiguo y muy íntimo de la familia, sino que estaba particularmente unido a los Woodhouse por ser el hermano mayor del marido de Isabella. Vivía a algo más de un kilómetro de Highbury y era un asiduo visitante de Hartfield siempre bienvenido y, en aquella ocasión, todavía más que de ordinario, porque venía directamente de visitar a la familia de Londres. Había comido algo tarde por causa del viaje y se había acercado a la casa del señor Woodhouse, después de una ausencia de varios días, para decir que todo iba bien por Brunswick Square. Aquella feliz circunstancia sirvió para animar al señor Woodhouse durante algún tiempo. El señor Knight-

ley tenía una forma de hablar que siempre le animaba; y sus muchas preguntas acerca de la «pobre Isabella» y sus hijos recibieron contestaciones altamente satisfactorias. Terminado el interrogatorio, el señor Woodhouse observó agradecido:

–Es usted muy amable, señor Knightley, viniendo tan tarde a visitarnos. Mucho me temo que el paseo le haya resultado muy desagradable.

–En absoluto, amigo mío. Hace una noche de luna maravillosa y la temperatura es tan suave que noto demasiado el calor de su chimenea.

–Pero habrá encontrado el aire húmedo y el camino embarrado. Espero que no se resfríe.

–¿Embarrado? Mire mis zapatos. Ni una sola mancha.

–No deja de ser sorprendente, porque aquí ha llovido mucho. Ha estado diluviando durante media hora mientras desayunábamos. Yo quería que retrasaran la boda.

–Por cierto: no les he felicitado. Como entiendo perfectamente la peculiar alegría que deben de sentir ustedes dos, no he corrido a felicitarles, aunque espero que todo haya resultado bien. ¿Qué tal se han portado ustedes? ¿Quién ha llorado más?

–¡Ah! ¡Pobre señorita Taylor! ¡Es todo muy triste!

–Más bien pobres señor y señorita Woodhouse; por mi parte no puedo decir «pobre señorita Taylor». Siento un gran afecto por usted y por Emma, pero cuando se plantea el problema de la dependencia o la independencia... De todos modos, tiene que ser más fácil complacer a una que a dos personas.

–¡Sobre todo cuando una de las dos es caprichosa y de humor tornadizo! –replicó Emma bromeando–. Es eso

lo que está usted pensando, no se me oculta, y lo que diría si mi padre no estuviera presente.

—Creo que tienes mucha razón, querida —dijo el señor Woodhouse con un suspiro—. Mucho me temo que en ocasiones soy caprichoso y de humor tornadizo.

—¡Papaíto querido! ¿Cómo se te ocurre pensar que ni el señor Knightley ni yo nos refiriéramos a tí? ¡Qué idea tan horrible! ¡No! Hablaba de mí misma. Al señor Knightley le encanta señalar mis defectos, ya sabes; en broma, todo en broma. Siempre nos decimos lo que pensamos el uno al otro.

El señor Knightley, de hecho, era una de las pocas personas capaces de encontrar defectos a Emma Woodhouse y el único que se los señalaba; y aunque Emma no lo encontraba especialmente agradable, se daba cuenta de que aún lo sería menos para su padre, y prefería que no llegara a sospechar que alguien no la consideraba del todo perfecta.

—Emma sabe que nunca trato de adularla —dijo el señor Knightley—, pero en este caso no me refería a nadie en concreto. La señorita Taylor estaba acostumbrada a tener que agradar a dos personas; ahora sólo tendrá que agradar a una. Tiene todas las posibilidades de salir ganando.

—Bueno —dijo Emma, deseosa de abandonar aquel tema—, usted quiere saber cosas sobre la boda y yo se las contaré con mucho gusto, porque nos hemos portado encantadoramente. Todo el mundo ha sido puntual y todo el mundo tenía un aspecto inmejorable. Ni una sola lágrima y casi ninguna cara larga. ¡No, no! Nos dábamos cuenta de que vamos a vivir muy cerca y de que nos veremos todos los días.

—Mi querida Emma lo lleva estupendamente —dijo su padre—, pero en realidad siente mucho perder a la pobre señorita Taylor y estoy seguro de que la echará en falta más de lo que cree.

Emma miró hacia otro lado, a mitad de camino entre las risas y las lágrimas.

—Sería imposible que Emma no echara en falta a una compañera como la señorita Taylor —dijo el señor Knightley—. No la tendría en el aprecio que la tengo si lo creyera. Pero su hija de usted sabe hasta qué punto ese matrimonio es una bendición para su amiga; sabe lo agradable que tiene que ser, a la edad de la señorita Taylor, instalarse en casa propia, y lo importante que es asegurarse un futuro sin estrecheces; ha de esforzarse, por consiguiente, en lograr que la alegría supere al dolor. Todos los amigos de la señorita Taylor deben felicitarse de verla tan bien casada.

—Y olvida usted un especial motivo de alegría para mí —dijo Emma—, un motivo nada despreciable; el hecho de que yo misma arreglara esa boda. No sé si lo sabe, pero me lo propuse hace ya cuatro años; y que se hayan casado con todos los pronunciamientos favorables, cuando tanta gente decía que el señor Weston nunca volvería a casarse, me compensa por todo.

El señor Knightley hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Ah, querida mía! —replicó en cambio el señor Woodhouse cariñosamente—. Me gustaría que no arreglaras más bodas ni predijeras ninguna otra cosa, porque todo lo que dices acaba siempre sucediendo. Hazme el favor de no arreglar más bodas.

–Te prometo no ocuparme de la mía, papaíto; pero es imposible que no me interese por otras personas. ¡No hay cosa más divertida en el mundo! ¡Y después de un éxito tan destacado, compréndelo! Todos decían que el señor Weston no volvería a casarse. ¡Por supuesto que no! El señor Weston, que había enviudado hacía tanto tiempo y que parecía sentirse a sus anchas sin esposa, muy ocupado con sus asuntos de la ciudad o con sus amigos de aquí, bien recibido donde quiera que fuese, siempre alegre, ¡y que no estaba obligado a pasar a solas ni una velada en todo el año porque nunca le faltaban las invitaciones! ¡Claro que no! El señor Weston no se volvería a casar. Algunos hablaban incluso de una promesa hecha a su esposa en el lecho de muerte, y otros del hijo y del tío que no se lo permitían. Se han dicho los más solemnes disparates, pero yo no me los he creído nunca. Desde el día (hace cosa de cuatro años) en que la señorita Taylor y yo nos lo encontramos en Broadway Lane y, al ver que empezaba a lloviznar, corrió galantemente hasta la granja de Mitchell y pidió dos paraguas prestados para nosotras, saqué mis propias conclusiones. Empecé a planear la boda desde aquel momento y, después de haber tenido un éxito tan grande, papaíto querido, no me puedes pedir que lo deje.

–No sé qué quieres decir con la palabra «éxito» –intervino el señor Knightley–. Éxito supone esfuerzo. Habrás empleado tu tiempo de manera adecuada y delicada si durante los cuatro últimos años te has esforzado para conseguir que se llevara a cabo ese matrimonio. ¡Una meritoria ocupación para la mente de una jovencita! Pero si, como imagino, arreglar, como tú dices, esa boda

ha significado tan sólo que habías pensado en ello y que un día en que no tenías nada que hacer te dijiste: «Me parece que estaría muy bien que la señorita Taylor se casara con el señor Weston» y después te lo has repetido de vez en cuando, ¿por qué hablar de éxito? ¿De qué estás tan orgullosa? Hiciste una predicción afortunada, eso es todo.

—¿Es que usted no ha conocido nunca el placer y la sensación de triunfo de una predicción afortunada? Me da lástima. Pensé que era usted más inteligente, porque, tenga la seguridad, una predicción afortunada es algo más que pura suerte. Siempre hay algo de talento en ello. Y en cuanto a la palabra «éxito», que a usted le parece tan mal, quizá tenga algún derecho a ella. Ha presentado usted dos hipótesis muy convincentes, pero tal vez exista una tercera: el término medio entre no hacer nada y hacerlo todo. Si yo no hubiera facilitado las visitas del señor Weston a esta casa, si no le hubiera animado con muchos detalles sin importancia, si no hubiera hecho desaparecer muchas pequeñas dificultades, quizá no hubiera sucedido nada. Creo que conoce usted Hartfield lo bastante bien como para entenderlo.

—A un hombre tan sencillo y de carácter tan abierto como Weston y a una mujer razonable y nada afectada como la señorita Taylor se les puede dejar que arreglen solos sus asuntos. Es probable que entrometiéndote te hayas hecho más daño a ti que bien a ellos.

—Emma nunca piensa en sí misma cuando se trata de hacer el bien a otros —intervino el señor Woodhouse, entendiendo sólo en parte la frase del señor Knightley—. Pero, por favor, querida mía, no arregles más bodas: son

una cosa muy estúpida y echan a perder completamente el círculo familiar.

—Sólo una más, papá; sólo en el caso del señor Elton; ¡pobre señor Elton! A ti te agrada, papá, y tengo que encontrarle esposa. En Highbury no hay nadie que esté a su altura. Ya hace un año que llegó y ha arreglado su casa dotándola de tantas comodidades que sería vergonzoso dejarle que siga soltero mucho más tiempo; y hoy, cuando unía las manos del señor Weston y de la señorita Taylor, ¡era tan evidente que quisiera que alguien le hiciera el mismo favor! Tengo muy buena opinión del señor Elton y ésa es la única posibilidad para ayudarle de que dispongo.

—El señor Elton es un joven bien parecido, no hay duda, y un muchacho excelente; le tengo mucho aprecio. Pero si quieres mostrarte cortés con él, invítale a cenar uno de estos días. Eso estaría mucho mejor. Me atrevo a suponer que el señor Knightley no tendría inconveniente en acompañarnos.

—Con gran placer, señor mío, cualquier día que lo decidan —respondió riendo el señor Knightley—, y estoy por completo de acuerdo con usted en que eso estaría mucho mejor. Invítale a cenar, Emma, y sírvele los mejores bocados del pescado y del pollo, pero déjale que sea él quien se busque esposa. Ten la seguridad de que un hombre de veintiséis o veintisiete años sabe cuidar de sí mismo.

Capítulo 2

El señor Weston, natural de Highbury, formaba parte de una familia muy respetable cuyos miembros, en las dos o tres últimas generaciones, habían mejorado su situación social hasta convertirse en distinguidos propietarios. El señor Weston recibió una buena educación, pero al obtener en la primera juventud cierto grado de independencia, se sintió poco atraído por las ocupaciones más prosaicas a que se dedicaban sus hermanos y encontró cauce para su inclinación a la vida activa, el buen humor y la sociabilidad incorporándose a la milicia del condado, que estaba constituyéndose por entonces.

El capitán Weston resultaba simpático a todo el mundo; y cuando los azares de la vida militar le hicieron conocer a la señorita Churchill, de una familia encumbrada de Yorkshire, nadie se sorprendió de que aquella señorita se enamorase de él, excepto el hermano de la joven y su esposa, que no le habían visto nunca; por ser personas

orgullosas y pagadas de sí mismas, juzgaron que tal enlace sería un desdoro para ellos.

La señorita Churchill, sin embargo, mayor de edad y en situación de disponer de su fortuna –aunque ésta fuera muy inferior a los bienes de la familia–, no se dejó disuadir, por lo que el matrimonio se celebró para humillación de los señores Churchill, quienes, con el debido decoro, excluyeron de su trato a la oveja descarriada. Había sido un enlace poco conveniente y no produjo mucha felicidad. La señora Weston tendría que haberle sacado más fruto, dado que disponía de un marido cuyo buen corazón y excelente carácter le hacían creer que estaba muy en deuda con ella por haber tenido la bondad de enamorarse de él; pero la señora Weston sólo tenía firmeza de carácter para algunas cosas. Lo había demostrado al prescindir de la opinión de su hermano, pero luego le faltó entereza para no lamentarse de su enojo poco razonable, al mismo tiempo que echaba de menos las comodidades de la mansión familiar. Los Weston vivían por encima de sus posibilidades, pero, con todo y con ello, nada podía compararse con Enscombe. La señora Weston no dejó de querer a su marido, pero hubiera deseado ser al mismo tiempo esposa de su marido y la señorita Churchill de Enscombe.

El capitán Weston, de quien se pensaba –sobre todo por parte de los Churchill– que había hecho una buenísima boda, fue quien en realidad salió perdiendo, porque cuando, después de tres años de matrimonio, murió su mujer, tenía menos dinero que antes de casarse y un hijo que criar. Pero muy pronto dejó de ocuparse de los gastos relativos al pequeño, dado que éste, con la cir-

cunstancia conmovedora de padecer una enfermedad secuela de la que arrebatara la vida a su madre, fue el medio de lo que podría denominarse una reconciliación. Poco después de la muerte de la señora Weston, el señor y la señora Churchill, que no tenían hijos, ni ningún otro sobrino del que ocuparse, ofrecieron cuidarse del pequeño Frank. Cabe pensar que el viudo sintió escrúpulos y se mostró incluso reacio; pero todo ello se vio desbordado por otras consideraciones, y acabó entregando el niño al cuidado y a la fortuna de los Churchill, por lo que el señor Weston sólo tuvo que ocuparse de su propio bienestar y de mejorar su propia posición en la medida de sus posibilidades.

Parecía deseable un completo cambio de vida. El viudo todavía joven dejó el ejército y se dedicó al comercio: tenía hermanos en Londres ya establecidos y bien encaminados, lo que le permitió comenzar bajo buenos auspicios. Sus negocios le dieron la deseada ocupación. Conservaba, de todos modos, una casita en Highbury donde pasaba casi siempre los días de ocio; y gracias a mezclar una ocupación útil con los placeres de la vida social, los siguientes dieciocho o veinte años de su vida pasaron agradablemente. Para entonces se había situado desahogadamente: lo bastante para poder comprar muy cerca de Highbury la pequeña propiedad que siempre había deseado, casarse con una mujer tan desprovista de fortuna como la señorita Taylor y vivir de acuerdo con los deseos de un carácter amable y siempre bien dispuesto para la vida social.

Hacía ya algún tiempo que la señorita Taylor ocupaba un lugar destacado en sus planes; pero como no se trata-

ba de una ardiente pasión juvenil, no había hecho vacilar su decisión de no casarse hasta que pudiera comprar Randalls, por lo que, durante mucho tiempo, su primera preocupación fue la adquisición de Randalls; pero el señor Weston había seguido adelante, sin perder de vista ninguna de sus metas, hasta alcanzarlas todas. Había hecho fortuna, adquirido una casa y conseguido una esposa, y ahora empezaba una nueva etapa con mayores probabilidades de felicidad que en periodos anteriores. El señor Weston no había sido nunca desgraciado; de eso se había encargado su misma manera de ser, incluso durante su primer matrimonio; pero el segundo debía mostrarle lo placentera que puede resultar la vida en compañía de una mujer cariñosa y de buen juicio, proporcionándole al mismo tiempo la confirmación de que es mucho mejor escoger que ser escogido, despertar gratitud que sentirla.

A la hora de elegir, el señor Weston sólo había tenido que pensar en sí mismo: su fortuna era únicamente suya; a Frank se le había educado de manera casi oficial como heredero de su tío y se trataba tan claramente de una adopción que, al llegar a la mayoría de edad, tomó el apellido Churchill. Era muy poco probable, por consiguiente, que necesitara la ayuda de su padre. El señor Weston no tenía la menor duda en aquel punto. La tía de Frank era una mujer caprichosa que dominaba a su esposo por completo, pero, dado el optimismo innato del señor Weston, no podía imaginar que un capricho afectara a alguien tan querido y, en su opinión, tan querido por méritos propios como Frank. Todos los años veía en Londres a su hijo y estaba muy orgulloso de él; y las fa-